

AGUA Y ARENA

Esperanza Fabregat

Un rayo atravesó el valle y el clan entero se quedó quieto, esperando el trueno que vendría después. Bosia sonrió y echó la cabeza hacia atrás, con los ojos bien abiertos para ver caer las primeras gotas de lluvia. Graco repitió el movimiento, pero con cara de preocupación. La vida en el valle se paralizaba cuando aparecían las primeras lluvias y, por un momento, se olvidaban de cocinar, sembrar o cultivar y hasta de la escuela. Para las niñas era el momento de empezar a crear esculturas de agua, pero para los niños, artistas de la arena, comenzaban las preocupaciones.

Desde muy pequeñas, las niñas del valle aprendían a modelar con agua. Las madres enseñaban a sus hijas, les ayudaban a dar la forma exacta a cada figura y practicaban con ellas hasta que conseguían crear entre las manos las esculturas que luego adornaban las casas de toda la zona.

Los niños hacían lo mismo con la arena. Cada uno tenía prohibido jugar o trabajar con el material de los otros porque siempre había sido así y nadie se había planteado que pudiera hacerse de otra manera. Estaba en su naturaleza hasta tal punto, que ni siquiera tenían que recoger o almacenar arena y agua. Solo con imaginar qué querían construir, con empezar a crear la imagen en su mente, las manos se les humedecían o se les llenaban de arena, según fuera un chico o una chica. Ningún otro clan del valle podía hacerlo, lo que los convertía en gente muy especial. Pero también eso significaba trabajar muchísimo porque cuando llovía, todas las figuras de arena se



desmoronaban y desaparecían y después, cuando volvía el calor, el agua empezaba a evaporarse y las chicas veían cómo sus esculturas se iban haciendo pequeñas hasta convertirse en un charquito y después en nada. Se habían acostumbrado a crearlo todo de nuevo con cada cambio de estación.



Bosia y Graco eran muy buenos amigos. Cuando no estaban ayudando en las tareas de casa, cocinando el pan, o sembrando las semillas en los huertos del valle, jugaban juntos y se divertían compitiendo para ver quién de los dos hacía el caballo de juguete más bonito o conseguía la torre más alta de piezas cuadradas. Pero cuando llegaba la estación de lluvias, Graco se volvía más callado y no quería competir con su amiga porque todas sus figuras se desmoronaban antes de que pudiera terminarlas. Bosia lo consolaba y hacía estrellas de colores para él, pelotas transparentes con las que poder jugar y flores de agua diminutas que el chico guardaba en una caja durante toda la estación. Así pasaban el tiempo hasta que el sol volvía a calentar y entonces era Graco quien tenía que consolar a su amiga, fabricarle muñecas de arena, monstruos simpáticos y flores cuajadas de pétalos que ella guardaba en una caja idéntica a la que él tenía.



Pero ese año Graco estaba más preocupado que otras veces porque llevaba varias semanas trabajando en un regalo especial, una flor nueva, más bonita que cualquiera que le hubiera regalado antes. Si conseguía terminarla antes de que empezasen las lluvias y el ambiente se volviese húmedo, tal vez ella pudiera colocarla cerca de la chimenea y así mantenerla seca porque él lo que de verdad quería era que esa flor no se deshiciese y desapareciera, quería que la conservase siempre y que cada noche, cuando se fuese a dormir, la colocara cerca de su almohada. Por eso corrió a esconderse cuando le cayó la primera gota en la frente y se encerró en su cuarto para intentar proteger su regalo.



Bosia buscó a su amigo entre los niños del valle, pero no lo encontró. Quería enseñarle una estrella nueva de seis puntas, la primera de la temporada, y regalársela, pero Graco no aparecía por ningún sitio. Corrió hasta su casa y lo encontró sentado en el suelo, encogido, como un animalillo que se hubiese separado de su manada. Le preguntó qué le pasaba, le mostró su estrella y formó una pelota, un pájaro, una bailarina que, con las prisas, solo tenía una pierna... Pero el chico no sonreía y Bosia se sentó a su lado sin saber qué hacer para animarlo. Estuvieron así un buen rato, sentados uno junto al otro y sin decir nada, hasta que Graco abrió la mano y le mostró una flor deforme de arena.



—Se ha mojado —dijo entre sollozos—. Iba a ser la flor más bonita del valle y ahora no vale nada.

Bosia intentó cogerla, pero sus manos estaban húmedas y, al tocarla, la deformó aún más, hasta casi hacerle perder su forma.

—No pasa nada. Ya vendrá el sol, ya me harás más flores, ramos enteros.

Y Graco movía la cabeza, incapaz de decir nada porque las lágrimas no le dejaban hablar.

—Podemos ponerla en la caja y esperar hasta que se seque.



Y él negaba con la cabeza.

—¿Y si soplamos fuerte?

Y él negaba con la cabeza.

—¡Haré una para ti, con pétalos grandes y pequeños, y podrás regalármela!

Y él negaba con la cabeza.

Bosia salió de la casa muy triste. No le importaba la flor, no necesitaba que Graco le regalase nada, pero se moría de pena de verlo así. Ella también se encerró en su habitación y se sentó en el suelo, encogida, como un animal asustado que se hubiera separado de la manada.



Cuando amaneció, la niña realizó a toda prisa sus tareas y, mientras esperaba a que terminase de cocerse el pan en el horno, decidió que no quería que el enfado de su amigo durase más. Dejó el pan enfriándose en la ventana y corrió hacia casa de Graco para levantarlo del suelo y sacarlo de allí, para gritarle que se dejase de tonterías, que una flor, por muy bonita que fuese, no merecía semejante disgusto. Pero no lo encontró triste, sino silbando una canción y enfrascado en su mesa de trabajo. Se acercó por la espalda y miró por encima de su hombro.

Graco había vuelto a formar la flor con arena rojiza, de la que se extendía por la falda sur de la montaña y le estaba añadiendo los detalles: pequeños estambres que asomaban en el centro y granitos de arena blanca, de la que brillaba en el fondo del río, que semejaban las gotas del rocío de la mañana.



—¡Qué bonita!

—¡No mires, tramposa! —Graco intentó, entre risas, apartarla de la mesa.

—Déjamela. Anda, déjame cogerla.

Y antes de que el chico pudiera impedirlo, Bosis alargó la mano y cogió la flor. Le gustaba tanto, que la encerró entre los dedos y se prometió no dejar que se mojara, ni que el viento del invierno la deformase. Empezó a pensar dónde guardarla, qué caja nueva crear. Pero sus manos, sin que ella lo notase, empezaron a atraer agua para cumplir sus deseos, para poder formar esa caja que ella estaba imaginando y cuando se dio cuenta la flor



era una masa pastosa de arena rojiza. No se atrevió a mirar al chico a la cara, no sabía qué decir y todas las disculpas que se le ocurrían le parecían tan tontas... Salió de la casa con el puño apretado guardando ese amasijo de arena mojada y volvió a su cuarto pensando que Graco jamás iba a perdonarla. Se sentó en su cama y abrió la mano.

Nunca lo había intentado, no estaba en su naturaleza ni sabía cómo hacerlo, pero tal vez si conseguía volver a darle forma a aquella arena rojiza y después la colocaba sobre la chimenea, Graco la perdonase.

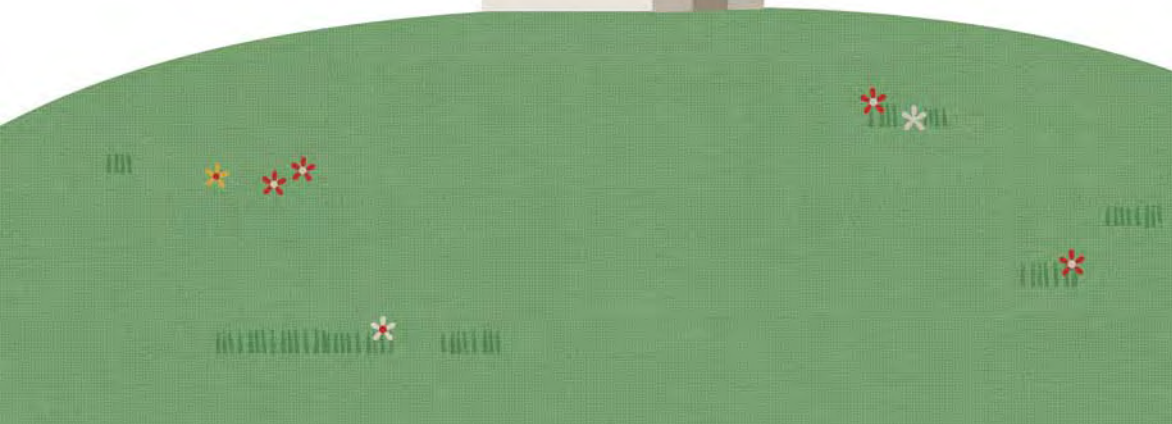
Trabajó durante toda la mañana. Con sus deditos iba modelando la arena que a medida que se mojaba más se iba convirtiendo en una masa blanda, como la que usaba su madre para hacer el pan.

Cuando Bosia terminó y la dejó sobre un platito para que no se estropeará, le pareció que era la flor más bonita del mundo. Y pensó que, tal vez, como el pan, pudiera meterla al horno para que se secara. Así lo hizo y fue corriendo a buscar a Graco. Lo encontró al borde del río, caminando con las manos en los bolsillos y la mirada perdida en el fondo del agua. Ni siquiera se paró a darle explicaciones: lo agarró por el brazo y tiró de él, que la siguió sin hacer preguntas.

Entraron de nuevo en la casa de Bosia y la niña corrió a abrir el horno. Sacó con cuidado el plato en el que se había cocido la flor de barro y se lo ofreció a Graco. Él la cogió con cuidado, pero al sopesarla en la palma de la mano le pareció que era dura, más dura que ninguna de las formas que había hecho en su vida. Le pasó el dedo suavemente. Y después con más fuerza, tratando de aplastar ligeramente un pétalo o doblar un estambre. Bosia lo miraba asustada. No entendía por qué él estaba intentando estropearlo. Pero lo miró a la cara y vio que sonreía. Estiró la mano y esperó a que él posara aquella preciosidad en su palma. La encontró suave, más suave que la arena. Se la acercó a los labios y le pareció más cálida que las figuras de agua. Cerró el puño con cuidado y volvió a abrirlo, volvió a cerrarlo más fuerte y al abrir la flor seguía intacta. Abrió y cerró, cada vez más fuerte, hasta clavarse en los dedos alguno de los estambres. Pero no se había deformado. Bosia y Graco sonreían y no decían nada, porque no encontraban qué decir. Al cabo de un rato, Graco la cogió de la mano.

—Vamos —le dijo.

Y al salir de la cabaña notaron cómo la lluvia les mojaba la cara, pero mantuvieron la sonrisa.



ALICIA Y EL VIENTO

Raquel Míguez

La abuela Alicia vive en la ventana de mi cuarto, en una preciosa jaula de bambú. Desde allí tiene vistas a los tejados de la ciudad, al campanario de la iglesia, al balcón de la vecina y al mar.

Antes de mudarse a mi ventana, la abuela vivía a tres calles de la nuestra. Por la mañana aparecía en la cocina de casa con cuatro bollitos de pan recién hecho, mermelada de piel de naranja y sus advertencias sobre el viento:

—Atención todo el mundo: se está nublando y sopla Poniente...

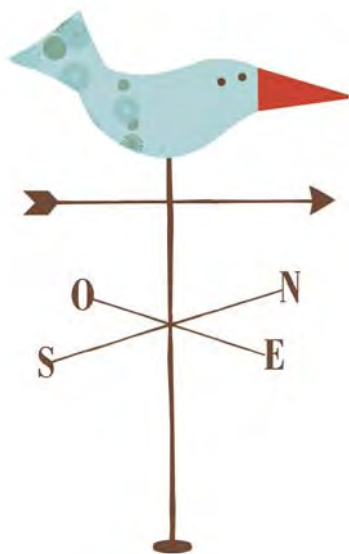
Entonces corríamos a ponernos el chubasquero, porque cuando el viento de Poniente sopla con nubes es señal de que va a llover a mares.

Poniente es el viento preferido de la abuela, porque limpia el aire y lo deja todo como recién pintado.

«Y cuando sopla sin lluvia —dice—, calienta el corazón y perfuma la ropa del tendal mejor que el suavizante que venden en el supermercado».

—El viento del Norte tampoco está nada mal, Juana —me explicaba de su segundo viento favorito—. Cuando sopla de noche se duerme mejor y se amanece con la risa floja. Tu abuelo se me declaró después de una madrugada de vendaval del Norte: «Alicia, me dijo, si te gusta tanto mi bigote como a mí tu risa, ¿por qué no nos casamos?». Y yo le dije: «¿Por qué no?». Porque el bigote de tu abuelo me gustaba tanto como las cerezas, vaya si me gustaba...

Pero en casa siempre había otros asuntos de los que hablar y noticias más importantes que escuchar que las que nos contaba la abuela. Así que ella cada vez hablaba menos y cada vez le costaba más hacerse oír porque, de no usarla, cada vez tenía la voz más fina.



Un día, en la mesa, me di cuenta de que se había hecho más pequeña. Las púas del tenedor parecían grandes, comparadas con sus dedos y la silla donde se sentaba demasiado alta, comparada con sus piernas, que colgaban un palmo por encima del suelo. Me fijé en que le chancleteaban sus bailarinas del lacito marrón y en que la falda de flores que antes le llegaba hasta la rodilla, ahora le tapaba los tobillos...

Como si el viento la fuese desgastando a poquitos, la abuela Alicia menguaba día a día.

Cuando ya abultaba poco más que una golondrina, se subía a la palma de mi mano, me decía al oído la dirección del viento y yo se la repetía a papá y a mamá:

—Dice que mañana será un día apropiado para tomar decisiones, porque esta noche soplará viento del Norte.

Y aunque ya no desayunábamos bollos de pan recién hecho sino tostadas de pan de molde, en casa todo siguió como si nada hubiera cambiado.

Hasta que una mañana, la abuela me dijo al oído:

—Desde que no alcanzo la ventana, ya no puedo contar barcos, ni sentir el aire en la cara, ni ver las puestas de sol... Y tampoco me atrevo a salir de casa, por si me aplastan como a un grillo. Los días se me hacen eternos, Juana... Pero se me ha atravesado una idea entre ceja y ceja, como un siroco.

Y entonces me dijo que quería vivir en una jaula.

—¡No! —protesté.

Se me puso la sonrisa boca abajo. Me la imaginé entre barrotes, como una prisionera. Con un recipiente para el agua y otro para el alpiste. Condenada a vivir como un pájaro enjaulado... y me eché a llorar.

—¿Y por qué no, si ya soy poco más que un gorrión? No llores, tonta, y búscame una jaula de bambú. Una jaula bonita, bien grande, con un columpio y un par de jardineras para plantar mis tomates cherrie.

Así que ella decidió romper el cerdito con sus ahorros y yo busqué la mejor jaula de bambú del mundo y la coloqué en el alféizar de la ventana de mi habitación, de cara al mar.

Lo primero que hizo la abuela al entrar en su nueva casa fue llenar las jardineras con sus plantas de tomatitos.

—Ni se te ocurra llorar, Juanita. Siempre quise tener un columpio —me aseguró, sentada en su tablita de madera que mecía la brisa arriba y abajo—. Y una casa soleada para mis tomates. Ahora, solo me falta salir a la calle de vez en cuando. Si pudiera pasear, sería feliz como una perdiz.

A partir de ese día, me llevaba a la abuela a todas partes, escondida en un bolsillo.

Nos acostumbramos a pasear juntas por el barrio; a tomarnos un helado en el quiosco del parque; a ir al cine y a que viera las películas sentada en mi cabeza. Pero lo que más le gustaba a la abuela era ir al colegio. Sobre todo si había examen.

—Primera pregunta —dictaba la profesora—:
¿Dónde está Tegucigalpa?



—En Honduras —contestaba la abuela inmediatamente, escondida bajo el cuello de mi camisa.

—¿De qué color es la bandera de Alemania?

—Amarillo, rojo y negro... No, no, al revés: negro, rojo y amarillo —murmuraba, como si estuviera participando en uno de esos concursos de la tele que le gustan.

—¿Cuántas patas tiene una araña?

—Ocho.

—¿Cómo es la lengua de las serpientes?

—Bífida.

—¿Y la de las mariposas?

—Como una espiral.

Y mientras la abuela y yo nos divertíamos de lo lindo y compartíamos cada vez más secretos, papá y mamá empezaron a echarla de menos.

—¿Dónde está la abuela? —preguntaban—.
Últimamente no se le ve el pelo.

Pero cuando yo intentaba explicarles lo que pasaba, empezaban las noticias. O sonaba el teléfono. O tenían una reunión importante. Y así, una y otra vez.

—Ha dicho la abuela que salta Levante. Va a llover barro y van a volar las sillas de plástico de las terrazas de los bares —les advertí un lunes.



Levante es el peor de todos los vientos. Vuelve más tarumbas a los locos, hace que los perros parezcan lobos, que los pájaros equivoquen su rumbo y que la ropa del tendal huela a mondas. La abuela le tiene manía a Levante.

—No te preocupes —me interrumpieron papá y mamá aquel lunes de viento malo—, ha dicho el hombre del tiempo que no empezará a soplar hasta esta noche.

Me encogí de hombros: si se fiaban más del hombre de la tele que de la abuela, no era problema mío.

Media hora después de salir de casa, papá volvió a entrar, con los pelos de punta y los bolsillos de los pantalones cargados de barro:

—¡El viento me ha arrancado el sombrero! ¡Se lo ha llevado, calle abajo!

Un momento después, entró mamá hecha una fuente: le chorreaba agua por todas partes y, además, su camisa blanca de las reuniones, recién lavada y recién planchada, se había llenado de chorretones color café:

—¡Me he tenido que escapar de un remolino de sillas voladoras!

Yo levanté la nariz y crucé los brazos:

—La abuela os avisó de que os sujetaseis el sombrero y os protegieseis de las sillas de plástico de los bares.



A los pies de mamá se había formado un charco.

—¿Pero se puede saber dónde se ha metido la abuela? —me preguntó.

—Eso digo yo, ¿dónde está tu abuela, Juana?

—Está en mi habitación.

Mamá y papá se miraron.

—¿Y qué hace la abuela en tu habitación?

Les llevé hasta la puerta, señalé la jaula y cerré.

—Pero... pero... ¿pero qué le ha pasado? —
tartamudeó papá.



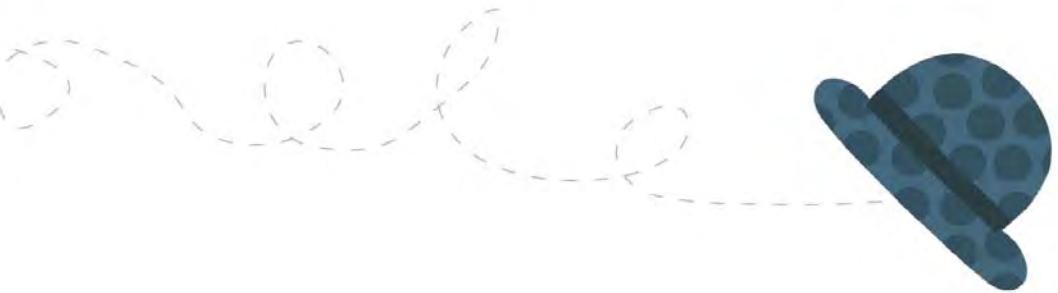
Mamá abrió la puerta otra vez, se frotó los ojos y volvió a mirar hacia la jaula, donde la abuela observaba la calle desde su columpio.

—La abuela se ha vuelto insignificante como una golondrina. Ya no podéis oírla. Os lo he dicho un montón de veces, pero no os enteráis.

Se desplomaron en el sillón de la sala como un par de deshuesados.

—No os preocupéis, está contenta. Siempre ha querido tener un columpio y unas jardineras para sus tomates enanos.

—Estará enfadada —se quejó papá, como si no me hubiese oído.



—Sí. Estará tan furiosa que es posible que no se le pase nunca —suspiró mamá.

Y la verdad es que la abuela estaba enfadada, y hasta un poco furiosa. Me lo dijo por la noche, sentada en mi almohada.

—Pues claro. La culpa de lo que ha pasado es suya, pero mira, si les da igual de qué lado les sopla el viento, allá ellos.

—Pero abuela, lo han hecho sin querer. Y además, tú me has dicho que te gusta ser pequeña, que siempre quisiste un columpio...

—Sí, eso sí. Y me gusta que me lleves en el bolsillo, cerca del corazón... Me gustan mi casa de bambú, mi columpio, mis tomates cherrie. Pero eso no quita, Juana: ¡Estoy enfadada! Y tendrá que soplar Norte en un vendaval para que barra la porquería, se lleve el enfado y me aclare las ideas.

No sé si esa noche sopló un huracán o si no se movió ni la brisa: dormí como una marmota. Solo sé que al día siguiente, cuando papá y mamá se acercaron a la casita de bambú y pegaron la oreja a los barrotes, la abuela les avisó, mientras regaba sus tomatitos:

—Norte ha virado a Poniente y el cielo está despejado. No hará falta manga larga y la gente estará de mejor humor que ayer.

Cada mañana, a partir de entonces, mis padres pegaban la oreja a los barrotes de bambú y escuchaban las predicciones de la abuela. Así pasó un tiempo de días iguales.

Hasta anteayer, en que todo empezó a cambiar.

Teníamos examen de matemáticas. Cálculo mental.

—Juana —dijo la profesora—, ¿siete más cinco?

—Doce —contestó la abuela al instante.

—Doce —repetí yo.

—¿Menos cinco?

—Siete —dijimos al mismo tiempo.

La profesora miró hacia el fondo de la clase.

—Silencio, por favor... ¿Por cinco?

—Treinta y cinco —contestamos.

La voz de la abuela sonó un poco más fuerte y más ronca de lo normal y la profesora miró hacia los pupitres por encima de las gafas.

—¿Quién ha respondido, además de Juana?

Yo metí la mano en el bolsillo, por donde la abuela se acababa de escabullir, e intenté esconderla, encerrándola dentro de mi puño, pero no pude porque abultaba más que a primera hora de la mañana. Nos salvó el timbre que puso fin a la clase, salimos y de camino a casa, se me olvidó que la abuela ya no me cabía en la mano.

Ayer fue sábado. Papá y mamá trabajan los sábados por la mañana. Dejé a la abuela Alicia meciéndose en su columpio, con un trocito de miga en una mano y un tapón de leche en la otra, y entré en la cocina a desayunar.

Estaba untando mi segunda tostada de pan de molde, rebañando la última porción de mermelada de piel de naranja del fondo del frasco, cuando la abuela gritó:

—¡Juana! —Me dio un susto de muerte, porque volvía tener su voz ronca de antes, de la que casi me había olvidado.

Corrí a mi cuarto y miré a la abuela desde la puerta.



Había alcanzado el tamaño de una paloma. El vestido se le había quedado raquítico, las mangas se habían descosido desde el puño hasta el hombro y los zapatos de mi muñeca ya no le cabían.

Rompí tres o cuatro barrotos de bambú y la ayudé a salir.

—Me estiro por momentos, Juanita, como un chicle.
Me parece que ya no quepo en un bolsillo.

Anoche durmió en la litera de abajo y hoy se ha despertado con su tamaño de antes de encoger. Se ha puesto su falda de florecitas y sus bailarinas del lacito marrón, antes de entrar en la cocina.

—¡Atención todo el mundo: el cielo está despejado y sopla Poniente! —anunció— ¿Alguien quiere chocolate con churros? Yo invito.

Mamá y papá dejaron las tostadas de pan de molde sobre el plato y salimos los cuatro a la calle, para celebrar el domingo.

Tengo la corazonada de que mañana por la mañana, a primera hora, volveremos a desayunar cuatro bollitos de pan recién hecho, con mermelada de piel de naranja de la despensa de la abuela Alicia.

UNA SABANA EN EL 5º C

Clara Redondo

Mi vecino se llama León. Y no solo se llama León sino que es un león. En un barrio de personas, encontrarse a un niño león por la calle no es de lo más normal. Más bien es un poco raro, ¿no os parece?

Cuando nació León, el vecindario no se acostumbraba a sus entrecortados rugidos cuando el hambre le apretaba la barriga ni a oír por el patio unos llantitos que no se parecían en nada a un gorgoteo infantil. León era diferente. Pero ya sabemos que a los bebés, que son «una monada» y tan pequeñines, se les perdona todo, aunque no te dejen dormir por las noches y sus eructitos sean de muy mala educación. Así que mientras fue un bebé, la cosa no iba del todo mal. Era un animalito al que la gente solía acariciar y «qué ojillos más chisposos tiene», le decían. Pero mi vecino no tuvo más remedio que seguir creciendo. Cumplió un año, y luego dos. Al tercer cumpleaños se le ocurrió la feliz idea de escaparse del 5º C, su casa, escaleras abajo y él solo, sin la compañía de su familia, que hasta entonces no le dejaban ni a sol ni a sombra. Cuando un leoncito cumple los tres

años, deja de parecerse a un bebé y —¡sálvese quien pueda!— pasa a tener el aspecto de un señor león, con sus melenas y su cola leonina. Así que imaginaos la cara de la gente cuando lo vieron bajar las escaleras arrastrando su elegante cola. El primero que lo vio fue don Elías, el abuelo cascarrabias del tercero A, que siempre nos regaña porque armamos jaleo o ensuciamos de barro el portal. En mi pandilla decimos que es un enviado de las fuerzas del mal, por eso nos mantenemos lejos de él. En el portal somos tres chicos (los mellizos y yo) y tres chicas (las gemelas y mi hermana Ada) que formamos una piña. Tenemos la misma edad, todos menos mi hermana, que tiene nueve, uno menos, pero la hemos admitido también en la pandilla.



Aquel día, don Elías hizo saltar la alarma: no se podía permitir que un león se anduviera paseando por allí como si nada, con esas garras temibles y esos dientes afilados que seguramente se zamparían de dos bocados a quien se atreviera a pasar a su lado. A León nunca le habíamos visto hacer esas cosas terribles que don Elías anunciaba, sino todo lo contrario. Daba los buenos días a quien se le cruzaba, bajaba y subía despacio las escaleras moviendo su elegante cola, y hasta una vez montó a su lomo a un vecino abuelillo que venía cargado con la compra y le subió las escaleras. ¡Qué risa nos dio verle agarrado a su melena y con cara de velocidad!

El rumor de don Elías se fue extendiendo como los malos olores: se colaba por debajo de las puertas de las casas y dentro de los buzones. Y nos metió el miedo en el cuerpo. A mí y a la pandilla en pleno. En pocos días fue diciendo por ahí varias cosas:

- * Que León había estado a punto de darle un zarpazo a doña Pili cuando iba a abrir la puerta del portal.
- * Que estaba seguro de que con su larga cola había roto la lámpara estropeada del cuarto piso.
- * Que por las noches escuchaba un rugido amenazador que le tenía en vela toda la noche.

* León era el culpable de que el suelo estuviera más embarrado que de costumbre.

* Y también era el culpable de que él mismo tuviera miedo de salir a la calle.

Don Elías estaba seguro de todo esto... don Elías estaba muy asustado. O eso parecía, al menos.

¿Y Ada? Ella no quería saber nada; los rumores le entraban por una oreja y le salían por la otra. No tenía miedo de León. Mientras el resto de la pandilla intentábamos no cruzarnos con él en el portal (por si nos comía o nos arañaba o nos rugía a lo bestia), ella buscaba cualquier excusa para juntarse con él. A escondidas, claro. Pero esto solo lo sabía yo. Ada a veces se movía sigilosa y desaparecía sin que nadie se diera cuenta. Es una culebrilla, según mi madre.

¿Y León? Él tenía muchas ganas de entrar en la pandilla, pero en su casa le decían que, hasta que no cumpliera los tres años, no era mayor para salir solo de casa, así que esperó con paciencia



exactamente hasta el día de su tercer cumpleaños. Esto me lo contó él después de que pasara todo lo que ocurrió. El resto, ya lo sabéis. Salió de casa solo, se encontró con don Elías, que si las zarpas, los colmillos, que si la melena, la cola... y ahí todo empezó a ir de mal en peor. ¿Cómo fue posible que don Elías nos metiera aquellas tonterías en la cabeza? Durante esos días, León salía a la calle y se nos acercaba, pero cuando lo veíamos venir nos entraba el miedo y nos escurríamos disimulando hacia otro sitio.



Pero todo empezó a cambiar el día cinco de enero, mundialmente conocido como el día de los reyes magos. Aquella mañana, todos estábamos... nerviosos no, lo siguiente: los mellizos se habían pedido varios juegos para la wii, las gemelas se habían pedido lo mismo que los mellizos, y yo, lo mismo que las gemelas y que los mellizos. Total, que fuimos muy originales. Ada sin embargo quiso unos patines en línea (de los que te caes fijo cuando te subes a ellos) y una cámara de fotos. Estaba muy empeñada en esto último, y más tarde sabríamos lo importante que fue aquel regalo.

Sentados en un banco de la plaza del barrio, vimos que llegaba León. Se hizo el silencio. Venía hacia nosotros. Imponía su figura, grande, peluda, la cola larga y nerviosa, y esos ojos que cuando te miran de lejos parece que apuntan directamente a la presa. «Viene a por mí, viene a por mí». Nos habían dado la instrucción de que no nos podíamos acercar a él, era peligroso, y nos miramos para ver a quién se le ocurría una idea brillante que nos sacara de esta. Teníamos miedo de que casualmente tuviera hambre y nos fuera a devorar. Estaba claro que éramos sus presas, ¿para qué venía si no?

—Viene a por nosotros —dijo uno de los mellizos.

—Yo tengo un palo preparado, no temáis —dijo una de las gemelas.

—Si nos ataca, mi hermano y yo lo rodeamos, y tú y tu hermana le azuzáis con el palo, para que vea que no le tenemos miedo —dijo el otro mellizo.

—Entendido —dijo la gemela con la voz entrecortada y haciéndose la valiente.

Nos pusimos todos en guardia, todos menos Ada, que no dijo ni mu y sin dar explicaciones se levantó y fue a su encuentro.

—¿Estás loca? ¡Ven inmediatamente! —le dije yo, que no tuve más remedio que actuar como hermano mayor, aunque Ada ya estaba lejos. Quise salir corriendo para detenerla, pero me temblaban las piernas y me quedé parado como un mueble.



Cuando Ada estaba ya casi a su lado, él soltó un rugido —ay, dios, qué miedo— que cortó el aire. Y ahí sí, salimos corriendo en tromba hacia donde estaban los dos: se iba a comer a Ada y no podía permitirlo. Mi hermana me incordia mucho, no para de incordiarne, pero al fin y al cabo es mi hermana. Y cuál fue nuestra sorpresa, que el rugido resultó algo así como un «¡qué pasa, tron, cómo estás, me alegro mazo de verte, tenemos muchas cosas que contarnos!». O algo así, vamos, porque ella se enganchó a su cuello-melena y él le dio un ligerísimo empujón con la zarpa al que Ada respondió con una gran carcajada.

Nos paramos en seco y nos miramos: ¿qué era eso? No entendíamos nada. Esto que estaba pasando no era una escena de caza precisamente, no había zarpazos, ni violencia ni sangre ni nadie zampándose a nadie. ¿De qué nos había estado hablando don Elías? ¿Por qué nos había metido el miedo en el cuerpo?

Una de las gemelas rompió el hielo. Menos mal.

—Vamos a jugar a un rescate. ¿Te vienes, León?

Como por arte de magia, nos olvidamos de nuestros temores y del rumor maloliente que había circulado por todas las esquinas, y León puso cara de «sí, yo también juego y os vais a enterar de cómo corre un león». Fue chulo el reencuentro con

León, y aquella mañana no paramos de perseguirnos.

Sin embargo, lo peor estaba por venir. El enviado de las fuerzas del mal (o sea, don Elías) pasó por allí y nos vio jugando en comandilla. Eso le debió de enfadar mucho, porque cuando entramos al portal, vimos un papel pegado en la pared en el que convocaba al vecindario a una reunión para el lunes. Tema de la reunión: «No se admiten leones en el barrio. Y os demostraré por qué». Qué pesado, él erre que erre. Pero eso quedaba muy lejos: era sábado, y todavía tenían que venir los reyes magos, así que me olvidé del cascarrabias del tercero A.



El domingo llegaron puntuales los reyes: un juego de la wii y una cámara de fotos, esos fueron los regalos. Pijama para mi madre y cascos de música para mi padre. Lo típico. No es que sean muy originales los reyes con la gente mayor... La cuestión es que Ada, con la excusa de que quería estrenar su cámara y hacer fotos del barrio, desapareció y no volvió hasta la hora de la comida. Venía con coloretos y parecía contenta.

—¿A ver? ¿Me enseñas tus fotos?

—Sí, sí, ya te las enseñaré. Mañana las verás todas
—me dijo con un movimiento de la ceja izquierda que me dejó intrigado.

Después de comer, dijo que se volvía a marchar, para seguir probando su maravillosa cámara.

—La ahora de la siesta es vital para mis averiguaciones —dijo Ada.

—¿Averiguaciones? —preguntó mi madre.

—Sí, bueno, ya sabes, mamá, una cámara tiene muchos botones y quiero probarlos todos.

Mi madre puso cara de «qué inteligente es mi niña» y la dejó marchar. Ada se pasó toda la tarde fuera de casa, solo vino para merendar y por la noche para la cena.

A la mañana siguiente, cuando nos íbamos para el colegio, vimos que seguía allí el cartel que había colgado el cascarrabias: por la tarde habría reunión vecinal.

Aunque la pandilla no estábamos invitados a esa reunión, nos escondimos en el primer piso (incluido León, claro, que se puso en primera fila) para escuchar lo que tenían que decir de nuestro amigo. De pie, un montón de vecinos y vecinas rodeaban al mensajero del mal (don Elías), que fue directo al grano:

—Ya he dicho que no quiero que ande suelto un salvaje en nuestro portal. Nos hace daño y nos asusta. Este es un barrio decente en el que solo caben las personas. Tengo pruebas de que es un vándalo animal que destroza todo lo que pillá. ¡Fíjense, fíjense!

Nos asomamos (León incluido) por la escalera para ver qué era eso tan malo que había hecho León. Y vimos que don Elías sacaba unas fotos en las que aparecía:

* En el primer piso, una bombilla rota y todos los cristales tirados por ahí.

* En el segundo piso, una boñiga en el suelo esparcida como si alguien la hubiera pisado.

* En el tercero, la cara de susto de él mismo que se había fotografiado, decía, después de haberse encontrado con el león en el pasillo.

¿Había algo más? Pues no, no había más pruebas, pero volvió a decir que «ese animal» había estado a punto de morder a doña Pili (y dale con doña Pili), y que por las noches salía a cazar y escandalizaba al vecindario con sus rugidos (¿alguien lo escuchó? Yo no).

Se armó entonces un gran barullo: que sí, que él tenía razón, que era un peligro para la sociedad, que si pitos y que si flautas. Y en ese momento, mi hermana Ada de un salto se metió en medio de la reunión: «¡Silencio todo el mundo!». (Qué pulmones tiene mi hermana). Se hizo el silencio y ella empezó a hablar.



—¿En el primer piso hay una bombilla rota? ¿Creéis que ha sido León? Pues mirad.

Y sacó una foto en la que se veía a don Elías subido a un taburete. Con un martillo entre los dedos y con cara de malo, estaba destrozando la bombilla. ¡Había sido él!

—¿En el segundo había una boñiga de León? —
continuó mi hermana.

Y sacó otra foto en la que se veía a don Elías esparciendo por el suelo una gran caca (que sería de perro, digo yo).

—¿Queréis que os enseñe más fotos?

No hizo falta nada más, porque la imagen de la boñiga había provocado la carcajada general del vecindario, que se contagiaron y parecían un coro al que les iba a dar un ataque de risa. «¿Pero cómo hemos podido...?». «¿Pero es que estábamos ciegos?». «¿Cómo nos ha podido engañar vilmente...?». No paraban de reír y eso era sospechoso. ¿No sería que sentían mucha vergüenza por lo que habían estado a punto de hacer?

Mi hermana, en el centro, levantaba la cámara en señal de victoria, y el resto de la pandilla bajamos también a apuntarnos a esa especie de fiesta. ¿Y don Elías? El cascarrabias del tercero A no resistió

aquella escena y escapó escaleras arriba. Tardó varios días en atreverse a salir la calle. No por miedo, sino por vergüenza. Mientras tanto, León, vecino del 5° C y protagonista de todo aquel lío, se había retirado a una esquina. No parecía tan contento como los demás. Cuando doña Pili lo vio, pidió silencio y dijo:

—Te debemos una disculpa, León. Yo la primera, que no he sido capaz de desmentir todo eso de lo que te acusaba don Elías. Siempre me has tratado bien, eres educado, un chico normal. Bueno, normal no, pero ¿hay alguien aquí que sea normal?

Nadie levantó la mano, y sus caras estaban muy serias. Fue León quien rompió el silencio:

—Que sepan que las boñigas de León no se parecen en nada a las de perro...

Nueva carcajada general, ambiente relajado, Ada inmortalizando con una foto ese momento y León de nuevo en su lugar, donde había estado siempre, del que se tuvo que ir durante un rato, pero al que volvió más fuerte todavía.

